

“La serología y los orígenes del hombre americano. El factor Diego”

p. 19-31

Juan Comas

El origen del hombre americano y la antropología física

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Historia

1961

58 p.

(Antropológica 13)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 7 de mayo de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/056/origen_americano.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



este modo el ambiente instiga, fomenta, condiciona y circunscribe cambios evolutivos; pero no decide exactamente cuales cambios ocurrirán, si algunos ocurren (Dobzhansky, 1960: 408). Las reglas de variación geográfica suelen ser un campo propicio para los partidarios del lamarckismo y seleccionismo, lleno de datos interpretables según sus predilecciones formales. Esperamos que hoy en día puedan soslayarse estas disputas. En todo caso las reglas muestran que el ambiente es importante como instigador de cambios evolutivos. Al mismo tiempo, debe ponerse énfasis en que lo que ha sido observado son en verdad reglas y no leyes . . . Ocurren excepciones a las reglas, como ha mostrado Rensch, quien ha contribuido más que nadie a su estudio. Y aun cuando estas excepciones no son exactamente una prueba de las reglas, en cierto modo son tan valiosas como las reglas mismas. La lección que deriva de todo ello es que, si bien el ambiente puede guiar la evolución de los seres vivos, no prescribe exactamente qué cambios deben ocurrir (Dobzhansky, 1960: 412-13).

Confiamos que todo lo dicho facilite la discusión en torno al verdadero papel que el ambiente y las reglas de variación geográfica (de Bergmann y Allen) hayan podido desempeñar en la formación de los distintos tipos o 'razas' de aborígenes americanos.

III. LA SEROLOGÍA Y LOS ORÍGENES DEL HOMBRE AMERICANO. EL FACTOR DIEGO

El descubrimiento, hace medio siglo, del sistema *ABO*, hereditario y no modificable por influencias ambientales, motivó una intensa y optimista serie de investigaciones tratando de reunir datos suficientes que permitieran establecer una sistemática racial de carácter más objetivo que las múltiples, heterogéneas y tan discutibles, formuladas a partir del siglo XVII.

Los trabajos posteriores que trajeron consigo la determinación de otros factores sanguíneos (*MN*, *S*, *Rh*, etcétera) y de su frecuencia en los distintos grupos humanos, hizo aún más complejos los intentos para establecer una taxonomía serológica eficaz y práctica de nuestra especie.

En otro lugar y ocasión hemos expuesto con cierta amplitud las realizaciones en ese campo, valorizándolas debidamente, partiendo del primer ensayo de clasificación de Ottenberg (1925) sólo a base



del sistema *ABO*, hasta las de Wiener (1946, 1948) y Boyd (1950, 1954) en las que hacen intervenir también los grupos *MN* y *Rh*.¹⁸

Lo que nos interesa ahora es señalar que muchos antropólogos piensan, tomando en consideración los factores serológicos más estudiados (*ABO*, *MN* y *Rh*), que los aborígenes americanos presentan una definitiva homogeneidad.

Veamos un ejemplo reciente. Stewart dice (1960: 262-63): “Los grupos sanguíneos de los aborígenes americanos están monótonamente limitados a *O*, *M* y *Rh* +, para mencionar solamente los sistemas mejor conocidos”, apoyándose para ello en su propia investigación de los tipos *ABO* y *MN* en “varios cientos de indígenas de las tierras altas de Guatemala”, y en que Boyd (1950) “reconoció esta situación al clasificar los indios americanos genéticamente como una raza separada, inclusive distinta de los mongoloides asiáticos”.

Refiriéndose a la supuesta presencia en el Nuevo Mundo de los tipos *A* y *B*, las explica Stewart diciendo que el tipo *A* localizado en Norte América “representa un avance tardío, sobre el norte del Continente, de grupos mongoloides, sobre todo esquimales y atapascanos, con distintos tipos de grupos sanguíneos”. Y en cuanto al tipo *B*, “en América del Sur ahora se puede descartar, debido al mestizaje con blancos o a técnicas serológicas erróneas”.

No sólo es exacto, como dice Stewart, que Boyd (1951: 135) acepta la homogeneidad serológica del amerindio por lo menos en cuanto a los factores *ABO*, *MN* y *Rh*, sino que también Mourant (1959: 143) sostiene una tesis análoga cuando escribe:

Los pueblos aborígenes de América, incluyendo los indios de América del Norte y del Sur y los esquimales, tienen un número muy marcado de características serológicas en común:

Poseen excepcionalmente altas frecuencias del gene secretor *ABO*, del gene *M* y del cromosoma *cDE*. *CDe* muestra una frecuencia moderada, casi igual a la de *cDE*, y *d* falta casi por completo. Sobre la base de su sistema *ABO* hay, sin embargo, una clara triple división: (a) los indios de América Central y del Sur son casi exclusivamente del grupo *O*; (b) los indios de lo que es ahora EE. UU. y Canadá probablemente carecían por completo de *B*, hasta que recibieron el gene de los europeos y quizá también en cierto grado de los esquimales. Poseen, sin embargo, frecuencia muy variable de *A*, desde casi cero en el sur hasta valores relativamente elevados en el Canadá occidental. Las fre-

¹⁸ Ver COMAS, J., 1957: 295-299; 1960: 303-309.



cuencias más altas de todas, y ciertamente algunas de las mayores de *A* conocidas en cualquier parte del mundo, se encuentran entre las tribus Blood y Blackfoot que habitan la frontera entre los EE. UU. y Canadá, al este de las montañas Rocosas; (c) los esquimales tienen los tres genes *A*, *B* y *O* en proporciones similares a las encontradas en los europeos, pero los genes *A* son casi exclusivamente de la variedad A_1 (igual que ocurre en los indios que tienen algo de gene *A*).

Comparando lo dicho por Stewart y Mourant en cuanto al sistema *ABO* se observa sin embargo una clara diferencia, pues mientras Stewart sólo se refiere a la presencia del grupo *A* entre esquimales y atapascanos, Mourant reconoce que entre los primeros hay los tipos *A*, *B* y *O*; para distintas series de esquimales (puros) de Labrador, Point Barrow (Alaska) y Nome (Alaska) nos da porcentajes hasta de:

55.4% de *O*; 47.1% de *A*; 9.7% de *B* y 2.4% de *AB*.¹⁹

Menciona además que “algunas de las frecuencias más altas de *A*, conocidas en cualquier parte del mundo, se encuentran en las tribus Blood y Blackfoot”, y ambas tribus no corresponden al grupo lingüístico Atapascano (como parece indicar la frase de Stewart) sino que son Algonquinos:

Blackfoot y Blood (puros): 17.4% de *O* y 81.8% de *A*.²⁰

Además, también entre los Algonquinos, hay una serie de Chipewa (puros) con 87.5% de *O* y 12.4% de *A*.

Igualmente una serie del grupo Salish:²¹

Flathead (puros) con 78.2% de *O*; 8.6% de *A*; 4.3% de *B* y 8.6% de *AB*.

Hemos escogido estos ejemplos (evitando los casos de mestizaje) en apoyo de nuestras dudas en cuanto a la posibilidad de hacer ge-

¹⁹ MOURANT, A. E., ADA C. KOPEC and D. DOMANIEWSKA-SOBEZAK. *The ABO Blood Groups. Comprehensive Tables and Maps of World Distribution*. Springfield, 1958. 276 pp. (Ver p. 10.)

²⁰ *Idem*, p. 187.

²¹ *Idem*, p. 188.



neralizaciones sobre homogeneidad serológica de los aborígenes de Norte América.

En cuanto a los aborígenes de América del Sur y la supuesta presencia entre ellos del tipo *B*, resulta muy justa la advertencia de Stewart sobre la eliminación de los datos cuando se sospecha un mestizaje blanco, o si se tiene evidencia de que la técnica utilizada no es correcta. Pero aún así, disponemos del estudio de F. Salzano analizando críticamente los grupos sanguíneos entre los indios de América del Sur (1957), donde presenta unos cuadros de frecuencias de los sistemas *ABO*, *MN* y *Rh* con diferencias, entre las distintas series, que califica de “estadísticamente significativas”; y también un mapa (1957: 557) sumamente ilustrativo con la distribución de los tipos *A*, *B* y *O* en América del Sur. Termina Salzano con un Sumario (p. 575) en el que dice:

De manera general, cabe afirmar que las frecuencias del sistema sanguíneo *ABO* pueden correlacionarse con los grupos raciales de Imbelloni de la manera siguiente: (a) los *Amazónidos* tienen casi exclusivamente gene *O*; los genes *A* y *B* son extremadamente raros o inexistentes; (b) los *Andidos* presentan una alta frecuencia de *O* y cantidades regulares de *A* y *B*, con *A* más frecuente que *B*; (c) los *Pámpidos* tienen una alta frecuencia de *O*, cantidad regular de *A*, y casi nada de *B*; (d) los *Fuéquidos* quizás en tiempos primitivos tuvieron casi exclusivamente *O*.

Las dos últimas generalizaciones no están tan bien documentadas como las dos primeras. Es importante notar además que pueden encontrarse excepciones a estas reglas. Creemos sin embargo, que constituyen una buena hipótesis de trabajo.

En fin, los mapas de distribución mundial del sistema *ABO* confeccionados por Mourant (1958:268-70), son una nueva prueba que, junto a la información proporcionada antes, nos permite pensar con cierto fundamento que la supuesta homogeneidad serológica de los aborígenes americanos carece todavía —por lo menos— de la suficiente comprobación objetiva.

El Factor Diego. Hemos dejado para lo último tratar de manera especial este nuevo elemento serológico, descubierto en 1954, pero que ha provocado ya un gran interés en el campo de la Antropología americana por su peculiar distribución en los grupos humanos examinados.



El foco de actividad de las investigaciones de este nuevo factor fue Venezuela (lugar del descubrimiento, por Levin) y gran parte de los trabajos se deben a M. Layrisse y colaboradores. Sin embargo, posteriormente otros médicos, fisiólogos y serólogos se han ocupado del problema determinando la frecuencia del Factor Diego en distintas series de las más diversas regiones geográficas. La bibliografía sobre esta cuestión es ya muy amplia, pero para nuestro objetivo limitado vamos a referirnos únicamente a las repercusiones que el hallazgo ha tenido en el terreno antropológico y, más concretamente aún, en la explicación del origen del indio americano. Por no encontrarse en blancos y negros y sí entre los amerindios, se le denominó 'Factor Indio', y al comprobar más tarde que tampoco aparecía entre australianos ni polinesios, y en cambio lo poseían chinos y japoneses, se le calificó de 'Factor Mongol'.

Por otra parte parece que "el antígeno Diego se hereda como carácter mendeliano dominante no ligado al sexo" (Layrisse, 1958: 174); peculiaridad que han aceptado otros investigadores.²²

Para hacer el examen objetivo de las conclusiones de índole racial y antropológica a que Layrisse y otros han llegado como resultado de sus determinaciones del factor Diego, fue necesario recopilar la máxima información posible a este respecto. Así se preparó el cuadro que figura como *Ánexo* del presente ensayo; incluye 122 series, con especificación de: nombre del grupo estudiado, número de individuos examinados, porcentaje de presencia del antígeno Diego y nombre del investigador.

Ello nos permite disponer de una base real de discusión. 1) Ocho, entre las 11 series de africanos, dan 0.0% de Diego +; una presenta el 0.4%, lo cual prácticamente permite incluirla en el grupo anterior. Sólo dos series de Negroides de Venezuela dan valores positivos apreciables.

2) Si al mismo tiempo consideramos que las 6 series de europeos, con un total de 3171 individuos dieron también sin excepción 0.0%, parece justificado admitir que el antígeno Diego *no se observa* en los stocks Negroide y Caucasoide; cabe en consecuencia sospechar que si los Negroides de Curiepe y Yaracuy (Venezuela) presentan respectivamente el 7.3 y 3.4% de Diego, ello podría explicarse por

²² RACE, R. R. and Ruth SANGER. *Blood Groups in Man*. Third Edition. London, 1958. (Ver pp. 237 y 358.)



un mestizaje con aborígenes venezolanos de los grupos Caribe o Arawak (Layrisse y Wilbert, 1960:120).

3) De las 14 series de grupos humanos de la región del Pacífico solamente una (aborígenes de Land Dyak, Borneo) dio 4.9% y otras dos ofrecen el 2.5 y 0.8% respectivamente de factor Diego; las 11 restantes muestran resultado negativo. No parece pues aventurado afirmar, por el momento, que el antígeno Diego es un factor inexistente en los grupos oceánicos.

4) Por lo que se refiere a las series asiáticas debemos hacer una distinción: las once correspondientes a Paquistán (2), India (6), Ceilán (1), Irán (1) e Israel (1) no son de grupos mongoloides y por tanto se justifica encontrar 0.0% de Diego (con excepción de la serie Oraon, 4.8%, explicable por sus posibles contactos con los vecinos mongoloides); en su conjunto pues estas once series concuerdan con lo indicado en los párrafos 1) y 2). Las otras 13 series sí son de mongoloides, y en ellas la proporción de Diego varía entre 2.3% (japoneses de Tokio) y 12.3% (japoneses en Venezuela).

Layrisse y Wilbert (1960:130-31), aún advirtiendo que se trata de “ideas preliminares”, afirman: “La característica más importante del gene Diego es su presencia *exclusiva* en pueblos mongoloides, siendo en el momento actual el único gene-indicador de mongoloides.”

Pero las ideas de dichos autores sobre taxonomía racial resultan confusas; dicen por ejemplo: “De acuerdo con la situación geográfica que ocupan se divide a los mongoloides en: asiáticos, malayo-indonesios e indios americanos” (p. 125). A continuación describen la clasificación de Coon-Garn-Birdsell en cuanto a mongoloides y aborígenes americanos, especificando que para dichos autores “los indios americanos y los polinesios no son incluidos en el tronco mongoloide”, aunque “es indudable que tienen ciertas relaciones genéticas con ellos” (p. 126). Y de nuevo en la misma página, refiriéndose ahora a Beals-Hoijer, hablan de que la raza mongoloide se divide en: mongoloides asiáticos, malayo-indonesios e indios americanos.²³

²³ COON, C. S., Stanley M. GARN and J. B. BIRDSELL. *Races. A Study of the Problem of the Race Formation*. Springfield, 1950. (Ver pp. 114, 131, 135, 138.)



En realidad Layrisse y Wilbert olvidan exponer concretamente cual criterio escogen entre los dos mencionados; y ello dificulta fijar el alcance de sus interpretaciones en cuanto a presencia o ausencia del factor Diego en esos 'Mongoloides' no definidos. Máxime cuando establecen una división muy sui generis en "*mongoloides Diego-positivo* y *mongoloides Diego-negativo*" (pp. 130-131). ¿Se refieren a los mongoloides asiáticos?, ¿o también a los malayo-indonesios e indios americanos? No lo dicen claramente.

5) Veamos en fin el papel que desempeña el Factor Diego entre los aborígenes americanos, tomando como base el estudio de Layrisse y Wilbert (1960) por ser el más reciente y que por tanto suponemos expresa su actual punto de vista.²⁴

De acuerdo con la incidencia del antígeno Diego, dividen estos autores a los aborígenes americanos (p. 132) en 4 grupos que denominan: con Diego negativo, de baja incidencia (de 1 a 3%), de mediana incidencia (de 4 a 14%), y de alta incidencia (de 15 a 45%).²⁵

Los límites entre estos grupos están determinados subjetivamente y los consideramos muy bajos; por ello en la clasificación de nuestras 63 series americanas, también en 4 grupos, se ha elevado algo el porcentaje límite, en la forma siguiente que creemos más significativa. Se excluyen de este cuadro las 4 series de mestizos venezolanos incluidos en el Anexo, pero que aquí servirían más bien de obstáculo a posibles deducciones (cuadro 1):

²⁴ Sólo nos referimos a los Capítulos III y IV; el resto de la monografía no interesa a los fines del presente estudio.

²⁵ Desde luego hay un error en la clasificación de Layrisse y Wilbert, puesto que fijan el máximo en 45% cuando ellos mismos obtuvieron 60% en los Marikitaré y 64.2% en los Yabaranas.

CUADRO 1

Presencia del factor Diego en grupos aborígenes americanos

Grupo 1 Diego-negativo 0.0%	Grupo 2 Baja incidencia, hasta el 4.9%	Grupo 3 Mediana incidencia, de 5 a 19.9%	Grupo 4 Alta incidencia, más de 20.0%
Eskimales de Canadá Copper Eskimo Tlingit Indians Cakchiqueles Warrau-Winikina Waica Kraho	Eskimales (Alaska) Athabaskan Blackfoot Apaches Mescalero Indians Tunebo Yupa, Irapa Yupa, Irapa Warrau-Guayo Yaruros Quechuas, Puno Quechuas, Argentina Araucanos	Cree Chipewa Blood Penobscot Tzeltales Tzotziles Maya-Quiché Chiapanecos Zapotecos Caribes, Santa Clara ²⁶ Guayquerí Goajiros Goajiros Paraujanos Guahibo Piaroa Indios Guayana Holandesa Mundurucú, Pará Caingang, Paraná Diversos, Matto Grosso Kariri Aymaras	Tlaxcaltecos Choles Mayas de Itzá Lacandonos Totonacos Mestizos de México Mayas, Guatemala Caribes, Cachama ²⁶ Yabarana Makiritare Yupa, Macoita Yupa, Macoita Yupa, Río Negro Yupa, Shaparu Yupa, Parirí Caingang, Paraná Caingang, Santa Catarina Caingang, R. G. do Sul ²⁷ Mundurucú, Amazonas Carajá Quechuas, Ancash

Las explicaciones y conclusiones a que llegan Layrisse y Wilbert en cuanto a la importancia antropológica del factor Diego (relaciones entre familias lingüísticas y genética serológica, determinación cuantitativa del mestizaje en el aborígen americano, parentesco del

²⁶ Los Caribes de Cariña incluidos en nuestro Anexo (de acuerdo con Layrisse y Wilbert) como una sola serie de 170 individuos con 29.4%, son realmente dos distintas: la de Cachama, con 121 individuos y 35.5%; y la de Santa Clara, con 49 individuos y 14.3%.

²⁷ Incluimos aquí esta serie aunque Salzano no obtuvo la media, en atención a la gran variabilidad individual que oscila entre 14.8 y 48.7%.



amerindio con los tipos humanos del Viejo Mundo, etcétera), aun consideradas como “simples hipótesis de trabajo” (p. 144), resultan tan contradictorias en unos casos y subjetivas en otros, que nos abstenemos de discutir las. Citaremos algunos ejemplos para justificar tal actitud:

a) La frecuencia del factor Diego no permite, a nuestro juicio, considerarlo como “exclusivo y único de los mongoloides”, cuando sólo se dispone de 13 series de mongoloides asiáticos y el porcentaje oscila entre 2.3% y 12.3%.

b) Es indudable que el factor Diego se presenta con mucha más frecuencia entre los aborígenes americanos que en cualquier grupo humano; pero el que las 63 series disponibles proporcionen porcentajes escalonados desde 0.0% a 64.2% indica que es prematuro generalizar y más aún llegar a conclusiones estableciendo correlación directa entre amerindio y factor Diego. Estamos simplemente en los comienzos de una investigación de gran envergadura cuyos resultados son por el momento imprevisibles.

c) Nos sorprende leer: “hemos tenido oportunidad de observar la frecuencia bastante similar que presentan las tribus que comprobadamente pertenecen a la misma familia lingüística” (1960:136); ya que las cifras demuestran lo contrario (Cuadro 1 y Anexo).

d) Por lo anterior resulta aventurado afirmar que, simplemente por su alto porcentaje de Diego (12.6%), “no dudamos en clasificar a los guayquerí como descendientes de Caribe”; y por su bajo porcentaje de Diego (2.2%) “hemos dudado de que los Irapa sean caribe genuinos, a pesar de que hablan una lengua caribe” (p. 137). Pero no tratan ambos autores de explicar otros casos similares, como son: los caribe de Cachama con 35.5%, en tanto que los caribe de Santa Clara sólo presentan un 14.3%; los caingang, en una de cuyas series se obtuvo el 17.3% de Diego, mientras que otra dio 45.8% (tres veces más); los quechuas de Ancash con 24.0% y los quechuas de Puno con 3.4%. Variaciones de factor Diego que encontramos también en otros grupos (no citados por Layrisse-Wilbert), como son algunas series de la familia lingüística maya: tzeltal con 9.9%, hasta los lacandones con 33.3%; y los quechuas de Argentina con 2.7% que corroboran el bajo porcentaje de los de Puno.

e) En cuanto a sus cálculos estadísticos para determinar, a base del factor Diego, el *grado de mestizaje* de un grupo amerindio con



otros tipos humanos, nos limitamos a recordar el análisis hecho por Díaz Ungría (1959:57-59 y gráfica de la p. 60) que concluye diciendo: “la determinación de los porcentajes exactos de mezcla negra, caucasoides o india en una población, según se ha hecho en los estudios de referencia, debería someterse a revisión, ya que aun cuando teóricamente la fórmula de Bernstein es exacta, se basa [la determinación de porcentajes] en suposiciones indemostrables”. Y los argumentos de Díaz Ungría nos parecen muy convincentes.

f) Por lo que se refiere a las relaciones filogenéticas del amerindio con los pueblos del Viejo Mundo, los citados autores hablan de cuatro oleadas migratorias hacia el noreste (Layrisse y Wilbert, 1960:127) cuya descripción no añade nada a lo expuesto con anterioridad por otros investigadores; y por el contrario da lugar a confusiones: la primera oleada, de tipo físico “australomongoloide” que, “según algunos autores”, ya encontraron al llegar a América “habitantes de cabeza alargada con afinidades de caucasoides arcaicos con quienes se mezclaron para constituir lo que se conoce hoy como indios americanos”.²⁸ La segunda oleada eran inmigrantes de tipo paleoasiático con rasgos intermedios entre caucasoides y mongoloides”. La tercera ola migratoria, paleoasiática, “desarrollando una cultura completamente circumpolar” . . . “parecen haber sido los ascendientes de los algonquinos”. La cuarta y última migración “identificada con los esquimales”.

Aluden a que estos esquimales (1960:134) de acuerdo con ciertos especialistas “son los actuales descendientes de los cavernícolas del paleolítico superior del oeste de Europa”, apoyándose en el testimonio de Testut (1890) en cuanto a semejanzas del cráneo de Chancelade con el cráneo esquimal, y añaden que esta teoría “parece tener cierta base”.²⁹ Lo que no impide que en la p. 135 afirmen que la semejanza de los esquimales “con los mongoloides clásicos, especialmente mongoloides siberianos, es más evidente que con otras poblaciones mongoloides”. ¿Es, entonces, que los paleolíticos europeos del Magdaleniense tenían las características de los mongoloides clásicos?

²⁸ Cabe preguntarse ¿de dónde y cuándo vinieron estos “caucasoides arcaicos”? Layrisse y Wilbert no lo aclaran.

²⁹ El estudio de H. V. Vallois: *Nouvelles recherches sur le squelette de Chancelade. L'Anthropologie*, 50: 165-202 (Paris, 1946), rectificó fundadamente la vieja creencia en la relación somática directa entre el tipo de Chancelade del Magdaleniense europeo y los esquimales.



g) Al definir (p. 124) somáticamente al mongoloide no se menciona el índice cefálico que, sin duda, desempeña un importante papel diferencial.

h) Refiriéndose a la presencia del factor Diego en América, en relación con esas oleadas migratorias, afirman los autores que se observa una “frecuencia muy baja o negativa” en grupos aborígenes con “características muy pronunciadas de modernos mongoloides asiáticos”, y en cambio que “la frecuencia del factor Diego es muy alta en tribus cuyos habitantes muestran rasgos mongoloides poco pronunciados” (p. 131).

Éstas y otras muchas contradicciones son consecuencia del intento de explicar un fenómeno cuando se carece de suficientes elementos informativos; así lo prueban el Cuadro 1 y el *Anexo* que acompañamos. Y tampoco se puede, aunque contáramos con ellos, tratar el problema en forma unilateral pensando que la mayor o menor frecuencia del Factor Diego puede, *por sí sola*, probar o negar la relación antropológica y genética entre distintos grupos de población.

Por eso nos inclinamos más a aceptar la cautelosa posición que adoptan otros investigadores. Por ejemplo, después de señalar las diferencias entre los distintos grupos de amerindios y esquimales en cuanto a la frecuencia del Diego, Corcoran *et al.* dicen (1959:192):

La gradación observada en la incidencia del antígeno Diego, si está comprobada por estudios posteriores, puede explicarse por una de las siguientes causas: a) orígenes distintos para cada uno de los grupos; b) grados variables de mestizaje con otras poblaciones, y c) una selección de distinta intensidad en las diferentes poblaciones. *Pero no hay suficiente información para decidir si alguna de estas explicaciones es aplicable, y cual de ellas.*

Igualmente Stewart, al interpretar el factor Diego en cuanto a los orígenes del amerindio, señala prudentemente (1960:262-64):

La falta de uniformidad en el área examinada y la limitación de los resultados positivos a los mongoloides, sugiere un muestreo imperfecto y quizás algún ignorado factor de selección. Si esto es verdad o no, sólo el tiempo lo dirá. De hecho es prematuro construir, sobre una base tan insegura, cualquier hipótesis tratando del poblamiento de América.

Vamos a referirnos ahora a algunos investigadores que, a base del factor Diego y otros elementos serológicos, han tratado de fijar



las posibles relaciones entre los aborígenes americanos y los pueblos que habitan distintas latitudes al otro lado del Pacífico. Ya Boyd (1951:137) afirmaba en cuanto al sistema *Rh*:

Los indios americanos reflejan con bastante exactitud la configuración *Rh* de la población asiática y del Pacífico, y sabemos que deben haber derivado, por descendencia, de tales poblaciones.

Por su parte Simmons *et al.*, después de estudiar los grupos sanguíneos en el archipiélago Cook (cuando todavía era desconocido el factor Diego), llegaron a la siguiente conclusión (1955:687-88):

... que hay un estrecho parentesco sanguíneo genético entre los indios americanos y los polinesios, mientras que ningún parentesco semejante se observa cuando los Polinesios son comparados con los Melanesios, Micronesios e Indonesios, con excepción principalmente de áreas adyacentes de contacto directo. ... Siendo en general aceptado que existe una afinidad entre los indios americanos y los Mongoloideas, consideramos a base de los datos serológicos de Polinesia presentados y discutidos aquí, que dicha afinidad debe incluir también a los polinesios, puesto que los tres pueblos poseen en común por lo menos un componente básico.

Años más tarde los mismos autores, al determinar los grupos sanguíneos en Polinesia oriental y central (incluyendo el antígeno Diego) decían (1957 a:365):

Los resultados obtenidos son comparables con los ya conocidos anteriormente para los Maoris de Nueva Zelanda y aborígenes del archipiélago de Cook, y en cierto número de caracteres son comparables con algunas tribus indígenas de América del Sur.

Y en otra monografía del mismo año, a base de una investigación entre aborígenes australianos, comparando con los resultados en otros grupos, afirman (Simmons *et al.*, 1957 b:550):

Si el antígeno Diego es una característica mongoloide como sugiere un estudio anterior, sorprende no encontrarlo en muestras de sangre esquimal o de polinesios. El hecho de que sea así no prueba, sin embargo, la ausencia de un componente mongoloide en estos pueblos, en vista de que en algunas tribus sudamericanas examinadas sólo se encontró el 2% de factor Diego. Es necesaria mucha más investigación para obtener el verdadero cuadro de la distribución racial del antígeno Diego.



Debemos aludir, siquiera sea brevemente, a la tesis de Heyerdahl sobre el poblamiento de Polinesia a partir del noroeste de la costa de Estados Unidos y de las costas del Perú, porque uno de los argumentos que utiliza son los grupos sanguíneos.³⁰ Distintos autores han refutado este aspecto de la cuestión; el trabajo de Simmons *et al.* (1955), ofrece un excelente análisis de la situación. Por otra parte el problema en su aspecto general cae sobre todo en el campo de la Arqueología y la Etnología que no nos compete examinar.

Para terminar ese recorrido por el campo de la Serología en sus relaciones con el origen del hombre americano, es oportuno recordar unas palabras de Boyd que sitúan el problema en sus verdaderos términos:

Es cierto que hubo un período inicial cuando se aceptaban los grupos sanguíneos muy entusiástica y plenamente en el campo de la antropología. Algunos investigadores parecían creer que esta técnica, inventada por L. y H. Hirszfeld durante la primera Guerra Mundial, iba a resolver todos los problemas de raza gracias a las propiedades mágicas ocultas en la sangre. Pero esta luna de miel se ha probado que fue prematura... Tanto los antropólogos como los médicos se mostraron desconcertados cuando llegó a ser evidente que la clasificación de la humanidad a base del sistema sanguíneo ABO (único conocido hasta 1927) podía, y a menudo lo hizo, estar en contradicción con lo que se aceptaba como raza siguiendo los criterios convencionales. El primer entusiasmo se convirtió en un perplejo aturdimiento, hasta el punto que en 1935 un antropólogo eminente me escribió diciendo que se proponía no preocuparse más de 'esta complicada y posiblemente irrelevante cuestión'.³¹

IV. OTRAS CONSIDERACIONES

No parece necesario referirnos a los restos humanos fósiles descubiertos en el Nuevo Mundo ya que nada nuevo aportan al problema que nos ocupa. Todos ellos —bien escasos y fragmentarios— nos llevan a la misma conclusión en cuanto a características y cronología: *homo sapiens*³² con variaciones craneológicas y osteométricas inter-

³⁰ HEYERDAHL, Thor. *American Indians in the Pacific. The Theory Behind the Kon Tiki Expedition.* London, 1952. 821 pp.

³¹ *American Journal of Physical Anthropology*, n.s., 13: 153-154. 1955.

³² Véase lo dicho en la Nota 8.